PASIONES PROHIBIDAS.

BRAYAN ELOY

Orígenes: Pasiones Prohibidas
© 2025 Brayan Eloy Rosas Mendoza
Autor Mexicano originario de Zitácuaro, Michoacán
Contacto: brayan.eloy.rm@gmail.com
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada ni transmitida, en ninguna forma ni por ningún medio —sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, escaneo o cualquier otro sistema— sin el permiso previo y por escrito del autor.

Primera edición digital: junio de 2025
ISBN: No aplica / En trámite
Diseño de portada y maquetación: Brayan Eloy Rosas Mendoza
Publicado en formato digital por el autor.

Nota del autor:
Algunas referencias presentes en esta obra están inspiradas en elementos de diversas religiones, mitologías y tradiciones culturales. Estas representaciones son ficcionales y artísticas, y no pretenden reflejar con precisión doctrinas, creencias o hechos históricos. Toda interpretación debe entenderse dentro del contexto narrativo de la obra.

“Observar todas las cosas en el cielo.
Observar y ver cómo llega el otoño y caen las hojas de los árboles a excepción de catorce.
Observar y ver cómo llega el verano y brota lo verde de los arboles.
Observar y ver las señales los frutos de los árboles, los cielos y la naturaleza no cambian su orden ved como los mares y los ríos de igual forma cumplen y no cambian sus tareas por siempre rindiendo gloria a el creador”

MAS ALLA DE LOS CIELOS.

En la antigüedad, cuando la descendencia de los hombres incrementaba y les nacían hijas de gran belleza como flores recién abiertas, los Vigilantes, del cielo, las contemplaron con anhelo.

Shemihaza, uno de sus líderes, al igual que muchos otros tuvo el deseo de descender y estar con ellas, inspirado en el antiguo príncipe celestial.
En una ocasión estando muchos vigilantes reunidos y animados por la tentación de ir con las mujeres;

El lider con temor en el corazón, les advirtió: "Temo que no queráis cumplir con esta acción y sea yo el único responsable de un gran pecado y pueda ser condenado al igual que Aster”.

Los vigilantes eran concientes y recordaron a Aster que apesar de lo que hizo en el pasado se le permitió habitar en la tierra, creían que ellos también podían seguir sus pasos.

Entre todos ellos hicieron un juramento en anatema para que quedara sellado que iban por voluntad propia y que cualquier cosa que ocurriera la aceptarían.

Decidieron abandonar sus habitaciones y el lugar que tenían en el paraíso para descender y unirse a ellas.

LAS ESTRELLAS BAJAN A LA TIERRA.

Así pues los vigilantes descendieron del cielo para probar la efímera esencia de la vida humana esa tentación los llevaría a su perdición.

Fue entonces cuando los humanos en sus tareas normales vieron como los luceros del cielo bajaban, curiosos ellos se dirigieron a ver qué pasaba. Eran seres imponentes con rasgos hermosos y finos rostros.

Los angeles cautivaban a las doncellas ellas quedaban hipnotizadas por ellos, con su voz su canto o su olor. Todo les parecía atractivo de esos seres. Los descendientes de Adán fueron tomados por Vigilantes, haciendo de la tierra un lugar de depravación.

El anhelo de experimentar la existencia terrenal se convirtió en un juego peligroso. Ángeles, seducidos por la fragilidad y la pasión humanas, engendraron una nueva generación: seres con destrezas divinas y corazones palpitantes.

El cielo guardaba silencio mientras las líneas entre lo humano y lo celestial se desdibujaban. La tragedia se acercaba, pues aquel acto desafiaba los límites establecidos por el orden divino.

Un rugido de descontento resonó en los cielos cuando la unión prohibida entre ángeles y humanidad fue contemplada.

La creación original quedó manchada por la intrusión de lo celestial en la tierra. El desagrado divino se manifestó en tormentas y relámpagos que desgarraron el firmamento. Resonaba un lamento por la corrupción de la sangre. El destino de aquella nueva generación aún estaba por revelarse.

UNA TIERRA ERRANTE

El mundo quedó envuelto en un misterio sombrío. La mayoría de los hombres y mujeres, al recibir aquella mezcla divina, se consumieron en la corrupción. Sin embargo, un pequeño grupo se mantuvo al margen, huyendo de ella.

Etam, líder de los errantes, guardaba aún en su memoria la sabiduría de sus antepasados: los que habitaron la cueva de los tesoros. Recordaba las enseñanzas antiguas y las historias de los divitoms y los Vigilantes.

Junto a su familia, emprendió un viaje constante, decidido a preservar la pureza de su linaje y una vida sencilla. Pero su camino no era fácil.

Huían no solo de la corrupción que los rodeaba, sino también de los gigantes y ángeles caídos. Aquellos seres robaban mujeres, arruinaban cosechas y dejaban tras de sí un rastro de destrucción.

Etam sabía que su lucha no era solo por sobrevivir, sino por mantener encendida una chispa de esperanza en medio de un mundo en ruinas.

PEQUEÑOS AMIGOS.

Dan y Etmon, dos pequeños apasionados por las aventuras, compartían un fuerte lazo de amistad desde niños fueron muy unidos a pesar de los constantes cambios por su vida nómada. Pero eso fortaleció más la amistad de esos dos niños.

Etmon: ¡Dan!, hoy estoy emocionado por nuestro nuevo viaje! ¿Qué crees que encontraremos esta vez?

Dan: ¡De nuevo de viaje! Amm no lo sé, Pero debemos tener cuidado con esos gigantes y ángeles que rondan, mi padre dice que se llevan a las mujeres y nunca vuelven algunas se van de manera voluntaria, dicen que tienen poderes mágicos.

Etmon: Sí, Dan. He escuchado todas esas historias pero no sé que les ven, mi padre dice que tienen muchas plumas, odio a las aves.

Dan: Ewwww no se que les ven las mujeres jajaja deberíamos encontrar una gran jaula y atraparlos como palomas.

Etmon: O como a las mariposas.

Dan: Siiii cómo a las mariposas deberiamos buscar una de esas redes enormes.

Etmon: Escuche que hay un bosque misterioso y unas ruinas en las afueras de la aldea. ¿Qué te parece explorarlo y descubrir qué secretos guarda? ¡Quizá encontremos esa red gigantesca!

Dan: ¡Buena idea, Et! Pero recordemos siempre estar alerta, no sabemos qué criaturas podrían acechar. Mi padre dice que nuestro pueblo depende de nosotros para mantenerse a salvo.

La conversación continuó mientras Dan y Etmon planeaban su nueva y emocionante aventura, conscientes de los peligros que les esperaban.

A lo largo de sus viajes, Dan y Etmon se unían más y mas. Juntos, exploraron bosques, desafiaron a cualquier animal y creatura que se ponía en su camino y les gustaba jugar en lugares misteriosos.

Dan: ¡Etmon, atrápame si puedes! ¡Corre, corre!

Etmon: ¡Ahí voy! ¡No escaparás tan fácilmente!

Los dos amigos se correteaban por las estrechas calles de la aldea, riendo a carcajadas mientras el sol iluminaba sus risueños rostros. La alegría de ser niños se reflejaba en sus ojos brillantes y sus risas juguetonas.

Dan: ¡Cuidado con ese callejón, Etmon! ¡Te tengo atrapado!

Etmon: ¡Ups, casi me alcanzas, Dan! Pero la próxima vez no será tan fácil.

Los juegos continuaban entre risas y travesuras, olvidando por un momento las preocupaciones del mundo exterior. En esos instantes, su amistad y la alegría de la infancia eran su refugio, tejiendo recuerdos imborrables que quedarían grabados en sus corazones.

Mientras enfrentaban la incertidumbre de la vida nómada, cada día les dejaba nuevas lecciones de trabajo en equipo, valentía y resiliencia.

Etmon tenía una hermana a la que cuidaba con esmero: Scarlet, el calor de su corazón. Temía que los Vigilantes se la llevaran, pues su madre había sido víctima de ellos. Ese recuerdo alimentaba en él un odio profundo.

Dan cuidaba de ambos. Para él, no eran solo sus amigos: eran como hermanos de sangre.

ENTRE RUINAS

A Dan y Etmon les encantaba explorar las ruinas del bosque donde vivían. Se decía que aquel lugar estaba encantado.

En una de sus tantas exploraciones, mientras jugaban, Etmon cayó por una grieta que se abrió de repente y desapareció en un agujero.

—¿Etmon, estás bien? —preguntó Dan, preocupado.

—Sí… me duele un poco —respondió Etmon con voz débil.

Ante él apareció un hermoso mural. Apenas lo vio, distinguió figuras de Vigilantes y soltó un grito:

—¡Aaaah!

—¿Qué pasa, Etmon? ¿Qué ocurre? —replicó Dan, alarmado.

Al acercarse, notó que no eran seres reales, sino simples pinturas en la pared. Suspiró aliviado.

—Ufff… no te asustes, es solo un mural —dijo Dan, tratando de tranquilizar a su amigo.

El mural mostraba seres de apariencia humanoide junto a ángeles. Debajo de ellos, una inscripción decía:

“La gran victoria de los primeros Divitoms sobre Aster y los ángeles caídos, despojados de sus poderes, de sus nombres y de sus títulos.”

Dan —¡Ellos vencieron a los Vigilantes!

Etmon —No puede ser… pero si eran tan poderosos, ¿por qué ya no están aquí? Mmm… cómo me gustaría que estuvieran ahora.

Dan —¡Espera! Mira lo que dice la inscripción…

> “Aquellos que busquen la justicia, aquellos que quieran vencer el mal, busquen la verdad. En el mundo están las herramientas para derrotar a los demonios y serán dignos de vivir en Rubil si el mal vuelve a reinar.

Atom, con su gran báculo, y los Divitoms, con sus armas divinas, reprenderán a los impíos.”

Etmon —¡Buscar a Rubil! Buscar el bien… ¡buscar a los Divitoms!

Dan —¡Eso quiere decir que podremos vencer a los Vigilantes!

En ese instante, una dulce voz de niña resonó en el fondo, suave como un susurro:

—He escuchado historias sobre grandes guerreros que detuvieron a los ángeles malvados… mi padre me habló de ellos.

Etmon —¡Scarlet! ¿Y por qué nunca me lo habías contado?

Scarlet —Mi padre dejó de hablarme de eso… desde que mi mamá se fue.

Etmon —Pero ahora, con este gran mural, quizá podamos encontrar la manera de destruirlos.

Debajo de sus pies descubrieron otro mural, distinto al primero. En él se describía la localización de antiguos artefactos de gran poder, reliquias que, según la inscripción, podrían servir para enfrentarse a los gigantes… e incluso a los ángeles.

Etmon se inclinó, con los ojos muy abiertos. El deseo de ir en su búsqueda creció dentro de él, aun sabiendo que implicaba riesgos. Estaba cansado de huir, cansado de ver a su familia desgastada por la vida nómada.

—¡Dan, mira! ¡Armas mágicas! —dijo Etmon con emoción.
—¿De verdad crees que existen? —preguntó Dan, dudando—. Tal vez son solo dibujos… como cuando los mayores inventan historias.
—No, esta vez no. Estoy seguro de que son reales.
—Jajaja, pues yo pido una espada gigante, más grande que un árbol.
—Y yo un martillo que rompa montañas.

Scarlet, que había escuchado, los miró con seriedad:
—No es un juego. Si esas armas existen, podrían salvarnos a todos.

Etmon bajó la voz, serio por primera vez en mucho rato.
—Estoy harto de huir, Dan. Las mamás del campamento siempre tienen miedo… y mi hermana… yo no quiero que se la lleven.
—Entonces vamos a buscarlas, Et. Aunque tengamos que recorrer todo el bosque.

Etmon respiró hondo, y apretó los puños. Si existía una oportunidad de detenerlos, aunque fuera mínima, debía tomarla.

PADRE AUN HAY ESPERANZA;

EEtmon, con el corazón latiendo rápido, corría rápidamente hacia su casa. Apenas entró, sin poder contenerse, gritó:

—¡Padre! ¡Padre, tienes que escucharme! ¡Encontramos un mural en las ruinas!

El hombre lo miró con incredulidad y lo regañó con dureza:
—¿Qué hacías en las ruinas, Etmon? ¡Te dije que no salieras de la aldea! ¡Los Vigilantes rondan por ahí!

El niño insistió, casi sin aliento:
—¡Pero era importante! Había un mapa grabado en la piedra… hablaba de armas sagradas… ¡de cosas que pueden ayudarnos contra los gigantes y los ángeles!

El padre, enfurecido, le dio un golpe en la mejilla.
—¡Basta de locuras! ¿Quieres acabar desaparecido como tantos otros niños?

Etmon agachó la cabeza, las lágrimas le ardían en los ojos, pero levantó la voz temblorosa:
—No estoy mintiendo… ¡yo lo vi!

Entonces Scarlet, que había escuchado todo, corrió hacia ellos. Sus ojos brillaban con firmeza poco común para una niña.
—¡Padre, es cierto! —dijo, poniéndose frente a Etmon como un escudo—. Yo también vi las inscripciones… hablaban de los Divitoms y de Rubil.

El padre la miró sorprendido.
—¿Tú también, Scarlet?

Ella asintió con fuerza.
—No era un juego, papá. No era una fantasía. Eran palabras grabadas… como si alguien las hubiera dejado para nosotros.

El hombre quedó en silencio, respirando pesadamente. Pasó la mano por su barba y su mirada se suavizó por un instante.

—Si lo que dicen es verdad… —murmuró—, entonces no podemos ignorarlo.

Scarlet aprovechó el silencio y añadió con voz dulce:
—Padre, Etmon tiene razón. Ya no podemos seguir huyendo para siempre.

Finalmente, el hombre levantó la vista hacia el fuego de la hoguera y dijo con solemnidad:
—Reuniré a los sabios y exploradores. Si esto es cierto, iremos a comprobarlo.

Los ojos de Etmon se iluminaron, y pese al golpe y al regaño, una sonrisa se dibujó en su rostro.

DEMONOS PRISA.

Los sabios salieron a buscar aquel templo. Juntos copiaron cada detalle del mapa y lo estudiaron a la luz de las antorchas, mientras la noche caía sobre el campamento.

—Si esto es cierto —murmuró el padre de Etmon, con la voz grave—, podría ser la salvación de todos nosotros.

Algunos sabios asintieron con esperanza; otros movieron la cabeza con desconfianza.
—¿Y si solo son viejas leyendas? —susurró uno.
—Prefiero una leyenda que nos dé esperanza a no tener nada —respondió otro, mientras la llama de su antorcha iluminaba sus ojos cansados.

Para comprobarlo, emprendieron el camino hacia la localización más cercana. Fueron días de marcha difíciles: atravesaron ríos, senderos cubiertos de espinas y montañas húmedas donde la niebla les cubría los pasos.

Al fin, llegaron a un templo olvidado entre la maleza y las piedras. Un silencio extraño lo envolvía todo, como si el lugar mismo los estuviera observando.

Etmon, maravillado, fue el primero en señalar:
—¡Allí está! ¡El templo del mapa!

El padre alzó la mano para hacer silencio. Pero en cuanto cruzaron los alrededores, notaron algo sorprendente: la atmósfera cambiaba.

El lugar parecía protegido. Cerca del templo, todo era diferente: había una plenitud hermosa. Animales pastaban tranquilamente, sin temor. Pájaros cantaban como si celebraran la llegada del grupo. Incluso el aire parecía más limpio, más fresco.

Scarlet, con los ojos abiertos de par en par, susurró:
—Parece… un pedacito del paraíso.

Uno de los sabios respondió con solemnidad:
—No es casualidad. Estos lugares fueron hechos para resistir el mal.

El Vigilante yacía en el suelo, su figura imponente reducida a un cuerpo tambaleante. Era como un hombre, fornido y fuerte, pero la luz del templo lo había vaciado de poder. Apenas podía respirar, y sus ojos ardían de ira impotente.

Los hombres, entre gritos, lo apresaron con cuerdas y cadenas. El ser se retorcía, pero no tenía fuerza para defenderse.

—¡Imposible! —exclamó uno de los sabios, con la voz entrecortada—. ¡Un Vigilante… prisionero!
—¡Nunca pensé ver esto con mis propios ojos! —dijo otro, mirando con temor y fascinación a la criatura.

Etmon, temblando de rabia, se acercó. Las imágenes de su madre desaparecida y el miedo constante por Scarlet lo llenaron de coraje y odio. Sin pensarlo, le dio una patada en el costado al ángel caído.

El Vigilante gruñó de dolor, incapaz de detenerlo.
—¡Esto es por mi madre! —gritó Etmon, con lágrimas en los ojos.

Scarlet, sobresaltada, corrió hacia él y lo tomó del brazo.
—¡Etmon, basta! —le dijo con voz quebrada—. No te ensucies con él… ya está vencido.

Mientras tanto, Dan intentó acercarse, curioso, pero sus padres lo sujetaron con fuerza y le cubrieron los ojos.
—No mires, hijo —le susurró su padre—. No es para ti ver esto.

Dan forcejeó un poco, intentando apartar las manos de su padre.
—¡Pero quiero verlo! ¡Quiero ver al ángel!
—¡No! —replicó su madre, con un nudo en la garganta—. Hay cosas que un niño no debe cargar en su corazón.

El silencio cayó de nuevo sobre el grupo. Solo se escuchaba la respiración agitada del prisionero y el crujido de las cuerdas que lo mantenían sujeto.

PREPAREMONOS.

Aquel Vigilante fue apresado y custodiado como nunca antes se había hecho. Su derrota se convirtió en una señal para todos: los templos eran más que ruinas, eran refugios contra el mal.

Los sabios y errantes, inspirados por lo ocurrido, comenzaron a formar aldeas alrededor del valle. Las familias se asentaron cerca de los templos, buscando la seguridad que ofrecían aquellas tierras sagradas.

Una nueva esperanza nació en medio del pueblo. Se decía que si lograban unir los templos, podrían resistir cualquier ataque de los ángeles caídos.

Mientras tanto, Etmon no podía apartar de su mente el mapa. Cada noche lo estudiaba a la luz de las antorchas, repasando los símbolos y caminos.

—Debemos buscarlas —decía con determinación a su padre y a los sabios—. Las reliquias son reales, lo sabemos. ¡No podemos esperar más!

Su padre lo observaba en silencio, viendo en su hijo un fuego que no podía apagarse. Al final, accedió.
—Muy bien, Etmon. Cuando seas mayor Irás acompañado de otros jóvenes valientes. Pero recuerda: este camino estará lleno de peligros.

Así fue como se formó un pequeño grupo de muchachos que compartirían el sueño de Etmon: hallar las reliquias perdidas.

Dan también fue llamado. Su espíritu aventurero lo hacía destacar, aunque su destino parecía distinto. Mientras Etmon se internaba en la senda de lo épico, Dan seguiría llevando, de momento, una vida más tranquila en la aldea, ayudando a su familia y cuidando de Scarlet.

—Algún día iré contigo, Etmon —dijo Dan, con una sonrisa confiada—. Pero por ahora… hay que jugar.
Etmon le respondió con un apretón de manos firme.

LOS AÑOS PASAN.

Los días se volvieron meses, y los meses, años. El valle floreció con nuevas aldeas, templos vigilados y familias que encontraron allí un refugio.

Etmon nunca olvidó el mural ni la promesa de las reliquias. Cada vez que podía, corría hacia las ruinas y repasaba las inscripciones, como si quisiera grabarlas en su corazón. Dan lo acompañaba muchas veces, aunque prefería soñar con juegos y aventuras más simples. Scarlet, en cambio, guardaba silencio, pero sus ojos brillaban cada vez que su hermano hablaba del futuro.

Así pasó la infancia de los tres, bajo el abrigo de las aldeas y el murmullo de las historias antiguas.

Una hoguera crepitaba en el centro del campamento. Etmon, ya no un niño sino un joven de dieciséis años, se levantó de entre la multitud. Su mirada había cambiado: en sus ojos se veía la misma chispa de aquel niño curioso, pero ahora encendida con determinación.

Dan, a su lado, lo observó con una sonrisa burlona.
—Vaya, Et, parece que ya no eres el mismo que quería atrapar ángeles como palomas.

Etmon rió suavemente.
—Quizá no, pero sigo soñando igual de grande.

Su padre lo contemplaba desde la sombra, con orgullo y cierta preocupación. Los sabios murmuraban entre sí: “El tiempo ha llegado… pronto deberá emprender la búsqueda.”

Scarlet, ahora una joven de mirada serena, puso una mano sobre el brazo de su hermano.
—Has crecido, Etmon. Pero no olvides que aún eres humano. Las reliquias no son un juego.

Etmon asintió, con un fuego implacable en el corazón.
—Lo sé. Pero si de verdad existen… entonces son la única esperanza para todos nosotros.

La hoguera iluminó sus rostros juveniles. Ya no eran los niños que correteaban por la aldea, sino los jóvenes que pronto cargarían con un destino mucho mayor que ellos mismos.

PASTOREANDO

En cierta ocasión, Dan se encontraba pastoreando sus ovejas lejos de la aldea. La brisa de la mañana acariciaba la hierba, y los rayos luminosos del sol lo envolvían con un resplandor cálido. Cansado, se quitó la camisa y dejó que su piel fresca y suave respirara. Bajó hacia la orilla del río y se inclinó para tomar un baño.

Pero no estaba solo. Desde la cima de una colina, un Vigilante lo observaba en silencio. Siguiendo el rastro de la aldea, había llegado allí por casualidad… y al ver al joven, quedó atrapado por su figura. El ángel lo contempló con fascinación, con un deseo que lo obligaba a regresar cada mañana, oculto entre las sombras, para verlo bañarse en el río.

Dan, ajeno a esa mirada ardiente, acostumbraba a llevar a sus ovejas por los valles, entre colinas y riachuelos. Hasta que un día, sin darse cuenta, se topó con una manada de lobos.

Los animales lo rodearon, gruñendo, mostrando los colmillos. Dan retrocedió con el corazón desbocado. No había nadie cerca; estaba solo.

—¡Atrás! —gritó con un palo en la mano, temblando—. ¡Atrás!

Pero los lobos avanzaban. Dan no sabía cómo enfrentarlos.

Entonces, un resplandor lo envolvió todo. El cielo se oscureció un instante y, de repente, apareció aquel ser. Sus alas eran enormes, con plumas encendidas de rojo; su cabello ardía como fuego teñido de naranja, y sus labios brillaban como carmín.

Con un simple batir de alas, los lobos huyeron despavoridos, aullando de terror.

Dan se quedó paralizado, mirando al ángel frente a él. La fuerza de su presencia lo oprimía, pero al mismo tiempo sentía una extraña calma.

El ser lo miró con ojos intensos y dijo con voz profunda y suave:
—No temas, hijo de los hombres. Mientras yo esté aquí, ningún mal se atreverá a tocarte.

Dan respiraba agitado, aún con el palo temblando en su mano.
—¿Quién… quién eres?

—Soy un vigilante no temas;
El ángel sonrió apenas.
—Un guardián. Y desde ahora… mi mirada siempre te acompañará.

Dan estaba asustado pues sus padres le habían contado lo malos que eran esos vigilantes.

El ángel lo miró fijamente y le habló con voz profunda, pero serena:

—No temas. No voy a hacerte daño… vine a defenderte.

Dan estaba en el suelo, con las rodillas raspadas, temblando de miedo. Cuando el Vigilante se inclinó y extendió la mano hacia él, un escalofrío recorrió su cuerpo.

El muchacho retrocedió, se levantó de golpe y, sin decir palabra, echó a correr. El corazón le golpeaba el pecho con fuerza mientras huía colina abajo, directo hacia la aldea.

Quiso contarle lo sucedido a su padre, pero un pensamiento lo detuvo: si se enteraba de que había estado bañándose en el río en lugar de vigilar las ovejas, lo esperaría un severo regaño… y quizá una golpiza.

Así que guardó el secreto en lo profundo de su corazón. No dijo nada de aquel ser que lo había salvado, ni de las alas rojas que aún recordaba con claridad.

Sin embargo, la necesidad lo obligaba a volver. El agua en los alrededores de la aldea comenzaba a escasear, y los riachuelos cercanos se secaban día tras día. Pastorear sin llevar las ovejas a los ríos se volvía imposible.

Cada vez que se acercaba a esa zona, Dan sentía un nudo en el estómago: miedo de volver a encontrar al Vigilante… y, al mismo tiempo, una extraña curiosidad que no quería admitir ni siquiera ante sí mismo.

Mirando a las Estrellas.

La oscuridad caía poco a poco, y las estrellas comenzaban a brillar en el cielo profundo. Dan estaba sentado sobre una roca, pensativo, observando el firmamento.

Etmon se acercó y lo miró con curiosidad.
—Te he visto muy callado estos días, Dan. ¿Qué pasa por tu mente?.

Dan bajó la vista, como si dudara en hablar.
—No es nada… bueno, en realidad sí. ¿Recuerdas aquella noche?.

Etmon levantó la mirada hacia las estrellas. Su rostro se endureció al recordar.
—Sí… lo recuerdo muy bien. Estrépitos por ahí, truenos aquí y allá, luces en el cielo… algunos dijeron que era hermoso, como si las estrellas hubieran bajado.

Dan apretó los labios.
—Y después de eso, las mujeres empezaron a desaparecer… los días se volvieron extraños… y de pronto los magos y las brujas comenzaron a multiplicarse.

Hubo un silencio breve. Luego Dan añadió, bajando la voz:
—Mi padre mencionó algo sobre el monte Otris… y los dos grandes señores: Furor y Dínamo.

Etmon lo miró sorprendido.
—¿También has oído hablar de ellos?

—Sí —respondió Dan con seriedad—. Y tú… ¿qué sabes?.

Etmon suspiró.
—Desde hace tiempo los busco. Tengo entendido que ellos pueden guiarnos hacia Rubil, un mundo diferente… un lugar donde podríamos escapar de la corrupción de los Vigilantes.

Dan abrió los ojos con asombro.
—¿Quieres decir que tú también buscas a los Divitoms?

Etmon guardó silencio un instante, y luego habló con la voz temblorosa.
—Dan… tengo miedo. Se llevaron a mi madre, y Scarlet está creciendo… y está entrando en edad temo que pronto vengan por ella, aún hay desapariciones de chicas.

Dan: —Aun no me explico si los angeles no pueden entrar aquí como es que aún hay niñas desapareciendo.

Etmon —De alguna manera los vigilantes se las han ingeniado para seguirselas llevando.

Dan lo miró con tristeza.
—¿Eso quiere decir que tendremos que irnos?

—Sí… pero primero debo viajar a las tierras del desierto —explicó Etmon—. Algo extraño ocurre: las aldeas han dejado de comunicarse. Antes los cuervos llevaban y traían mensajes, pero ahora todos los que enviamos se han perdido. Iremos a buscar nuevas rutas.

El aire quedó en silencio bajo el cielo estrellado. Entonces Etmon abrazó a su amigo con fuerza.
—Volveré pronto, Dan. Y cuando menos lo esperes, ambos estaremos viviendo en tranquilidad. Te lo prometo… volveré por ti.

Dan cerró los ojos y apretó el abrazo.
—Te esperaré, hermano yo cuidare de Scarlet.

Las estrellas brillaban sobre ellos, como si escucharan en silencio aquel juramento.

NO TEMAS

Dan volvió, como todos los días, a pastorear sus ovejas. Pero esta vez no podía concentrarse. Sus ojos recorrían el horizonte una y otra vez, atentos a cualquier movimiento, cualquier sombra, cualquier destello de alas en el cielo.

El recuerdo de aquel Vigilante lo perseguía en silencio. A veces, al escuchar el viento entre las colinas, creía oír el batir de sus alas.

Pasaron los días y todo parecía volver a la normalidad. Sin embargo, los lobos seguían merodeando, al acecho del rebaño. Dan lo sabía: los ojos del bosque siempre estaban observando.

Una tarde, mientras ataba una de las ovejas, habló con su padre con voz cansada:
—Padre… ¿podrías enviarme a alguien que me ayude? Los lobos están cada vez más cerca. No puedo cuidarlas solo.

El hombre, curtido por los años y las preocupaciones, lo miró con severidad.
—Ya eres lo bastante fuerte, Dan. Los hombres de esta casa aprenden a enfrentar el miedo, no a huir de él. Dios no me bendijo con mas hijos. Así que pronto llegará el día que debas de proteger de ti mismo y formar una familia.

—No es miedo… —replicó Dan bajando la mirada—. Solo quiero proteger al rebaño.

Entonces protégelo —dijo su padre, dándole la espalda. El viejo, delgado y cansado, caminó hacia la puerta—. Pero deja de buscar excusas.

Dan apretó los puños, sintiendo cómo la rabia y la impotencia se mezclaban dentro de él.
—Al menos déjame un arma… algo con lo que pueda defenderme.

El padre soltó un suspiro, sin mirarlo.
—No hay más que un viejo arco. Si sabes usarlo, bastará.

Aquella noche, Dan permaneció despierto largo rato, mirando por la ventana de la choza. Las estrellas brillaban débiles, como si también temieran asomarse del todo.

En su mente resonaban las palabras del ángel:

“No temas. No voy a hacerte daño… vine a defenderte.”

Dan cerró los ojos y apretó el bastón entre sus manos.
—No temo —murmuró para sí mismo—. Pero tampoco confío.

MÁS ALLÁ DE LA TIERRA.

Más allá de la tierra y más allá de las estrellas estaba Rubil, el mundo de la pureza y la sabiduría.
Allí habitaban los hijos de los divitoms, en paz y en equilibrio con toda la creación.

Epistem, uno de los grandes sabios, custodiaba las tierras de Unin, un valle lleno de ríos luminosos y montes de piedra clara. Era un guardián respetado, firme en su deber de mantener el orden en Rubil.

Ese día, los habitantes celebraban la armonía que reinaba en todos los reinos. Sin embargo, entre los cantos y las luces, empezaron a oírse rumores: Atom, el guardián del báculo, deseaba volver a mirar la Tierra, en Rubil se regocijaban de que Atom volvería.

Epistem escuchó aquellas palabras y guardó silencio. No compartía la curiosidad de su hermano.
Sabía bien lo que la Tierra escondía: ambición, violencia, y el eco del antiguo desorden.

Para él, la Tierra no era una hogar… sino un riesgo.
Una puerta que debía permanecer cerrada para.

—Nada bueno puede venir de mirar lo que está manchado —dijo con voz firme, mientras observaba el resplandor del firmamento—.
Si las puertas se abren, el mal encontrará el camino. FUROR y Dinamo no han encontrado como volver a su forma de divitom.

Un erudito se inclinó ante Epistem y dijo con respeto:
—Usted tampoco, mi señor. Su apariencia es la de un Divitom, pero con el tiempo vuelve a la forma de un humano.
Dios lo castigó por su odio hacia los hombres, dándole apariencia mortal, aunque no le quitó el poder.

Epistem lo observó sin responder. Su mirada era firme, pero en el fondo se percibía un cansancio antiguo.

Aquella noche, el sabio se retiró a su torre de estudio.
Desde allí, contempló los cielos inferiores, donde el resplandor azul de la Tierra apenas brillaba como una chispa entre las sombras del universo.
Su mirada era fría, vigilante.

—Mientras yo guarde las puertas de Rubil —murmuró—, ningún rastro de esa inmundicia cruzará este mundo.

De pronto, una voz profunda resonó detrás de él:
—No lo harán.

Epistem se giró. Era Tetro, el Divitom de la Tierra, su presencia firme como los montes que regían su dominio.
Su voz era severa, pero había en ella una nota de afecto.

—Hermano… —dijo Tetro acercándose y rodeándolo con un abrazo—.
Aún no has encontrado la paz en tu corazón, ni el antídoto para tu castigo.

Epistem suspiró.

—Han pasado casi novecientos años desde aquel día, y todavía no lo logro.

Entonces, entre las sombras del salón, una segunda voz se unió a la conversación:
—Hay dos formas de hacerlo —dijo Plires, avanzando lentamente, con una luz serena en el rostro—.
Deja de odiar a los hombres y el hechizo se romperá… o encuentra la fórmula sagrada.
Atom te lo dijo hace siglos, y veo que no estás cerca de una ni de otra.

Tetro asintió, mirando a su hermano con preocupación.
Plires se acercó y, con una sonrisa leve, lo abrazó también.
—Los años pasan, Epistem… sigues igual de hermoso por fuera, y por desgracia, igual de desgastado por dentro.

Epistem bajó la mirada.
—Lo sé… lo sé.
Y mientras tanto, Furor y Dínamo siguen condenados, pero continúan fornicando, multiplicando su linaje maldito.
Sus bastardos llenan las profundidades del mundo..

Tetro habló con voz grave, el eco de la tierra resonando en sus palabras:
—Eso es lo que me preocupa, hermano. Ellos siguen con la misma lujuria que los humanos.
Sus hijos son poderosos, tan fuertes que el espíritu mismo de la Tierra sufre por su existencia.

Plires intervino, cruzando los brazos con preocupación.
—Y no solo eso. Más ángeles han abandonado los cielos…
Han descendido a mezclarse con los hombres y han dado origen a una nueva raza.

Tetro asintió lentamente.
—Dos razas con poderes increíbles están formándose en ese mundo. Dos semillas que podrían destruirlo todo.

—Si no logramos hallar una cura —añadió Plires—, algo muy malo sucederá.
Y cuando eso ocurra, Atom se verá obligado a intervenir.

Epistem alzó la mirada, su voz sonó dura, contenida:
—Atom no lo hará.
Está ocupado ayudando a miles de otras razas. Tengo entendido que no volverá a la Tierra hasta el milenio.
Aún queda demasiado tiempo.

Guardó silencio un instante, luego añadió con ironía contenida:
—Además, Furor y Dínamo custodian los cielos.
Venus y Marte son su morada.
Si los mortales buscan huir, podrían acudir a ellos…
Los ángeles todavía les temen, todavía los respetan.

Plires lo observó con melancolía, su voz baja, casi un suspiro.
—De verdad no has encontrado paz en tu corazón, Epistem.
Han pasado muchos, muchos años…

Epistem apretó los labios.
—Por ellos entró el mal al mundo.
Por ellos la muerte existe.
Sus estúpidos placeres son culpables, y ni siquiera han vuelto su mirada hacia Él.

Plires bajó la vista, dolido.
—Tal parece que tú tampoco —dijo con tristeza.
Sin embargo, no olvides que, por más que los odies, Atom ha permitido el paso a los de corazón noble y justo.
Y recuerda… estás a su servicio, te pese o no.

Dio media vuelta y se retiró del salón, dejando tras de sí un leve resplandor.
El eco de sus palabras se disolvió en el aire, como si los muros mismos las guardaran.

Tetro permaneció junto a su hermano.
—Furor y Dínamo hace años que no intervienen en la vida humana —dijo con voz cansada.

Epistem respondió, más sereno.
—Lo sé. Pero si los hombres buscan refugio, guíalos hacia ellos.

Tetro vaciló.
—No estoy seguro de que sea buena idea… hace mucho que no los veo.
Pero quizá aún quede en ellos algo de compasión.

El silencio volvió a llenar la sala.
Solo el suave resplandor del firmamento iluminaba los rostros de los dos hermanos.

Así que Dan comenzó a practicar cada día, ideando trampas y artefactos que pudieran ahuyentar a los salvajes animales que rondaban el valle.
Incluso intentó aprender a usar el arco, aunque no parecía irle muy bien.

Una mañana, cavaba un pozo profundo y trataba de ajustar una cuerda sobre un piso falso, esperando que los lobos cayeran allí.
Pero el plan salió mal: una pequeña oveja tropezó y cayó directamente en la trampa.
Dan suspiró resignado y bajó a rescatarla.

Era complicado levantar al corderito; pataleaba sin parar.
De pronto, una voz sonó desde arriba:

—¿Necesitas una mano? —preguntó el ángel de cabellos rojos, con una sonrisa traviesa.

Dan levantó la vista, lo reconoció y tropezó en su intento de incorporarse. Cayó de bruces en el agujero.

—¿Eres siempre tan torpe, o es que el color rojo te asusta? —rió el ángel.

—¿Tú de nuevo? ¡Largo! —gritó Dan, abrazando a la oveja que balaba desconsolada.

—Bueno… como quieras —dijo el ángel, dándose media vuelta con calma.

Dan miró a la oveja, que seguía llorando, y soltó un bufido frustrado.
—¡Espera! —gritó al fin—. Por tu culpa me he caído otra vez. Sería justo que me sacaras.

El ángel se giró lentamente, con una sonrisa divertida.
—Sabía que lo dirías —respondió, y con un tirón ágil lo sacó del hoyo como si no pesara nada.

—Ya ves —dijo el ángel, sacudiéndose las manos—. El culpable fuiste tú. Cavaste mal el agujero. Usa el callado que te di.

Dan levantó el callado y el arco, fingiendo apuntarle.
—¡Atrás, demonio rojo! ¡Piuf, piuf! —decía, riendo entre dientes mientras agitaba el báculo.

El viento silbó con los golpes, pero el ángel los esquivaba fácilmente.
Con un movimiento rápido, sujetó el báculo entre sus manos y lo inmovilizó.

—No se usa así —dijo en voz baja.

El ángel giró el báculo con fuerza y, al hacerlo, una ráfaga de energía sacudió la tierra.
Un estruendo retumbó en el valle, haciendo que las hojas y el polvo se levantaran alrededor de ambos.

Dan lo miró boquiabierto, sin poder decir palabra.
El ángel sonrió apenas.
—Tal vez aún hay esperanza para ti, pastor.

Dan quedó helado. El polvo del suelo aún flotaba en el aire cuando la voz del ángel volvió a escucharse, serena y profunda:

—No temas… no voy a hacerte daño.

Dan retrocedió un paso, aún con el callado en la mano.
—¿Entonces qué quieres de mí? ¿Por qué me ayudas?
Mi padre me ha contado todo sobre ustedes…

El ángel ladeó la cabeza, curioso.
—¿Ah, sí? ¿Y qué te ha dicho?

Dan tragó saliva.
—Dice que se roban a las mujeres… que tienen malas costumbres…
que llevan a los hombres a su perdición…
que son salvajes.

El ángel dejó escapar una leve risa, pero no de burla; más bien, una risa cansada.
—Pues… quizá tenga razón —respondió, mirando al horizonte—.
O tal vez tu padre nunca nos ha conocido muy bien.

Dan frunció el ceño, confundido.
—Entonces… ¿por qué a mí?

El ángel bajó la mirada hacia él, y sus ojos brillaron con un matiz cálido, casi humano.
—Digamos que quiero arreglar la mala fama que tenemos.
Y creo que tú podrías ayudarme con eso.

—¿Yo? —replicó Dan, sorprendido—. ¿Cómo podría ayudarte yo?

El ángel sonrió de lado.
—Tú serías un buen mensajero.

—¿Mensajero? —repitió Dan, incrédulo—. ¿Y cómo he de creerte?

El ángel dio un paso más cerca, y el aire se llenó de una extraña calma.
—Te dejaré que me conozcas… a mí, y a los míos.
Somos más de lo que te imaginas, pastor.

El ángel tomó a Dan por los brazos, con suavidad pero con una fuerza imposible.
Antes de que el joven pudiera reaccionar, dio un salto hacia el cielo.

—¡AAAAAAAAAAHHHH! —gritó Dan, agitando las piernas mientras el viento le golpeaba el rostro.

El ángel soltó una carcajada.
—¡Wujuuu! —exclamó, elevándose aún más.

—¡Bájame, bájame, te lo suplico! —chilló Dan, con los ojos cerrados.

—Shhhhh… —el ángel le puso un dedo sobre los labios y habló con voz baja, casi risueña—.
Viene la mejor parte.

Con un leve movimiento, le giró el rostro hacia el horizonte.
Ante ellos, el cielo se abría como un mar de oro. Las nubes eran suaves, el sol se filtraba entre ellas, y el aire olía a tierra y rocío.

—Mira —susurró el ángel—.

Dan, temblando, abrió los ojos poco a poco.
—Es… es el rebaño… —murmuró sorprendido.

—Ajá, mira más allá —dijo el ángel con una sonrisa.

—La aldea… y… ¡wow! ¡Las montañas! —exclamó Dan, maravillado.

—¿Ves? —respondió el ángel—. No hay nada que temer.

Durante un instante, el mundo pareció detenerse.
El viento jugaba con el cabello de Dan, y el ángel, sin decir más, lo sostuvo con firmeza mientras ambos flotaban sobre la tierra, envueltos en la luz del amanecer.

El viento comenzó a calmarse.
El ángel descendió lentamente, como una hoja cayendo del cielo.
Sostenía a Dan con cuidado, y el muchacho, todavía con el corazón acelerado, no sabía si reír o gritar.

Cuando sus pies tocaron el suelo, se tambaleó un poco, intentando recuperar el aliento.
El ángel sonrió.
—¿Ves? Te lo dije. No era tan malo.

Dan lo miró con una mezcla de enojo y asombro.
—¡Podrías haberme matado!
—Podría —respondió el ángel, encogiéndose de hombros—. Pero no lo hice.
Además, ahora ya sabes lo que hay más allá de tu rebaño.

Dan bajó la mirada, sin poder negar la emoción que sentía.
El aire todavía olía a cielo y a viento limpio.
Nunca había visto la aldea desde arriba, ni las montañas tan lejanas, ni el brillo dorado de los ríos.
Por un instante, el mundo le pareció más grande y hermoso de lo que jamás imaginó.

—¿Por qué me muestras esto? —preguntó al fin, en voz baja.

El ángel lo miró con serenidad.
—Porque todos los hombres olvidan mirar hacia arriba.
Tú, al menos, todavía sabes hacerlo.

Dan se quedó en silencio.
El ángel dio un paso atrás, abrió sus alas y el aire se estremeció con su fuerza.
—Nos veremos pronto, pastor.

Y en un parpadeo, ascendió hacia el firmamento, perdiéndose entre la luz del sol.

Dan permaneció quieto unos segundos, mirando al cielo vacío.
Luego, con el corazón todavía latiendo con fuerza, tomó su callado y caminó de regreso hacia la aldea.

No dijo nada a nadie.
Pero dentro de él algo había cambiado:
el miedo se había mezclado con una emoción nueva, una sensación que no podía explicar…
como si, por primera vez, el cielo y la tierra no fueran tan distintos.

EL PODER DE LA ORACIÓN.

Scarlet solía subir cada tarde a las ruinas del templo para recoger agua.
Allí, entre piedras cubiertas de musgo y raíces antiguas, se detenía siempre frente al mural de los Divitoms.
Le gustaba leer la inscripción una y otra vez, murmurándola como si fuera una plegaria.

Además, limpiaba el lugar con esmero, quitando el polvo de las letras grabadas, convencida de que los antiguos podían escucharla.
Pero aquella tarde, mientras movía una piedra del altar, notó algo distinto.
Debajo, ocultas por los siglos, había más palabras grabadas.

Con curiosidad, pasó los dedos sobre ellas y leyó en voz baja:

> “Las voces inocentes serán escuchadas.
Las palabras tienen poder y autoridad.
Si crees que eres de corazón puro y digno,
a Rubil podrás entrar,
y a tu servicio los Divitoms deberán estar.”

Scarlet sonrió con dulzura y, con voz temblorosa, susurró:
—Que así sea.

Apenas terminó de pronunciar las palabras, una chispa de luz se encendió en las rocas.
Era pequeña, pero brillante, como el resplandor de una estrella que se escapa del cielo.

Ella miró a su alrededor, confundida.
—¿Hola?... —dijo en voz baja.

No vio a nadie.
Entonces, un pequeño gatito negro apareció entre las sombras.
Scarlet dio un pequeño salto, luego sonrió al verlo.
—Oh… eres tú, pequeño —dijo riendo suavemente, y empezó a seguirlo entre las ruinas.

Pero algo había cambiado.
El aire era distinto, más liviano, y el sonido del viento se transformó en una melodía suave, casi imperceptible, como si las piedras mismas cantaran.

Sin saberlo, Scarlet había abierto un portal hacia Rubil.
Y, desde el otro lado, un Magical al servicio de Plires la observaba en silencio, maravillado por la pureza de su voz y su corazón.

El erudito de Plires vio a la dulce niña clamando por su pueblo y el echo de que ella pudiese haber cruzado significaba algo.

Pero debería de ser discreto pues debería de ser selectivo con quienes podrían ingresar por órdenes de su padre.

EL DESIERTO DE LOS GIGANTES

Pasaron los días, y Etmon, junto con su grupo de muchachos, continuaba el viaje por el desierto abrasador.
El sol caía sin piedad sobre ellos, y el viento ardiente les golpeaba el rostro como fuego.
El agua era escasa, y cada paso parecía hundirse en una eternidad de arena.

No estaban solos.
A veces, entre las dunas, se escuchaban ruidos extraños: un retumbar lejano, un murmullo bajo la tierra, algo que los seguía sin dejar huellas.
Por eso caminaban en silencio, atentos, con la vista fija en el horizonte.

Al caer la noche, buscaron refugio entre unas formaciones rocosas.
Encendieron una pequeña hoguera y se sentaron a descansar, pero el aire era pesado, casi irrespirable.
Etmon no podía dormir; algo lo inquietaba.

De pronto, la arena se movió.
Un rugido profundo surgió de las dunas, y del suelo comenzaron a levantarse criaturas colosales.
Eran los Gigantes, los hijos de los ángeles caídos: hombres enormes, de piel escamosa y ojos encendidos como brasas.

El suelo tembló bajo sus pasos.
Los jóvenes intentaron huir, pero los gigantes eran rápidos, y sus brazos podían destrozar rocas.
El combate fue inevitable.

Etmon empuñó su lanza y gritó:
—¡A los flancos! ¡Protéjanse entre las rocas!

Las bestias rugieron, pero él no retrocedió.
Luchó con furia, esquivando los golpes, y logró herir a uno de ellos en el pecho.
El gigante cayó, y su sangre oscura manchó la arena.

La batalla fue corta pero devastadora.

Algunos de los muchachos perecieron, y los demás quedaron heridos o agotados.
Etmon, cubierto de polvo y sudor, observó los cuerpos de los gigantes desaparecer entre la arena, como si el desierto los devorara de nuevo.

Desde esa noche, decidieron descansar durante el día y avanzar solo al caer el sol.
El calor sería más soportable, y la oscuridad les daría algo de protección.
Sabían que ya estaban cerca de su destino… pero también que los peligros no habían terminado.

HOGAR O PRISIÓN

Dan llegaba cada día de cuidar el rebaño.
Era el único varón mayor de la familia, el orgullo y el peso de la casa.

La vivienda olía a humo, a tierra y a oración.
Eron, su padre, murmuraba frente al fuego, con los labios resecos de repetir las mismas palabras cada noche.

—El hombre manda, el hombre protege, el hombre responde ante Dios —decía, con voz firme y mirada perdida en las llamas.

Dan lo observaba desde el umbral.
Su padre no se volvió.
—Las ovejas se escapan, el sol se pone y tú sigues soñando —gruñó, sin alzar la voz.

Dan bajó la cabeza.
—Solo estaba mirando el cielo.

—El cielo no te dará de comer, hijo —replicó Eron, apagando la oración con cansancio—.
Ni te hará más hombre.

Dan apretó el callado entre sus manos, queriendo responder… pero no lo hizo.
El silencio pesaba más que cualquier palabra.

Su madre, que se movía con prisa entre las sombras, intentaba preparar la cena.
—Oh, has llegado, hijo —susurró—. Perdóname, aún no está lista la comida.

Dan dejó el callado junto a la puerta.
—Papá no tardará en llegar. Déjame ayudarte.

Tomó los platos con cuidado y comenzó a servir la mesa.
Su madre lo miró con ternura, pero también con temor.
—Gracias, hijo… pero recuerda —dijo en voz baja—, ten cuidado.
Tu padre… y tu hermano podrían vernos.

Dan se quedó quieto unos segundos, con el plato en las manos.

Entonces entraron sus hermanas, riendo entre murmullos y saludando con cariño.
—¡Oh, hermano! Estás muy sucio. ¿Qué haces con los platos? Déjalo, servimos nosotras —dijeron entre risas.

Dan frunció el ceño.
—¿Por qué dejan que mamá prepare la comida ella sola? —preguntó, con un tono más triste que enojado.

Las chicas intercambiaron miradas.
—Papá nos llama a atender el templo —respondió una—. No nos ha dado tiempo de venir a ayudar a mamá.
—Y tú sabes que lo hacemos siempre —añadió otra—, solo hoy no podemos. El insiste en que debemos ser castas, para resistir las tentaciones.

Dan no respondió.
Sus ojos se fijaron en la mesa, mientras la voz de su madre llenaba los huecos del silencio con el ruido de los utensilios.

Llegada la hora de la cena, Eron habló.
—Dan… ¿cómo es que tus ovejas pastan y beben tan rápido? ¿Has encontrado un río o algo por el estilo?. Tus primos tienen amplios espacios ¿Es ahí a dónde los llevas?

—La verdad es que mis primos son fastidiosos —respondió Dan—. No dejan que mis ovejas beban hasta el último, cuando ya casi cierran la represa. Además, las pasturas de ahí están llenas de otros rebaños, y siempre termino peleando con sus hombres.

Eron asintió lentamente.
—¿Y entonces a dónde vas ahora?

—A las lomas de las rocas.

El padre lo miró con dureza.
—Eso está alejado de la aldea. Ten cuidado, puede haber peligros en esos rumbos.

—Lo sé, padre… —dijo Dan, con cansancio—. Pero si solo me enviaras un ayudante. Héctor tiene un año menos que yo, y tú lo dejas divertirse con los otros. Al menos debería aprender a meter las ovejas.

Héctor lo miró, enojado.
Eron golpeó la mesa con la mano.
—Tú bien sabes que el hombre de la casa debe tener esos deberes —dijo con voz grave—. Si fuese más joven, lo haría yo mismo. Pero tú solo buscas excusas. ¡Ve con tus primos!

—¡Sí! —intervino Héctor con ironía—. Aunque tardes más, padre el llega temprano para ayudar a mamá a limpiar y acomodar. Eso no es de un hombre.

La mirada de Eron se tornó oscura.

Dan —Las niñas podrían hacerlo —dijo apresurado—. Además, solo lo hago los días que van al culto —respondió Dan, intentando mantener la calma.

Entonces el silencio se rompió como una cuerda tensa.
Eron lo observó fijamente, con los ojos encendidos por una ira contenida.
—Las niñas deben de ir a orar si tú madre tiene que levantarse más temprano o incluso no dormir para tener bien atendida su casa es cosa suya. Tu debes ser el ejemplo de esta casa.

Además el valor de la familia es indispensable VE CON tus primos y en cuanto a ti mujer— la volteo a ver con cierta irá —tendras que esperar después de la cena.

La madre bajó la cabeza, las hermanas se quedaron inmóviles, y el fuego del hogar crepitó con fuerza, iluminando los rostros tensos.

VEN AMIGO

Terminada la cena, Dan salió. Desde fuera se escuchaban los golpes que Eron propinaba a su mujer; un sonido seco que se colaba entre las sombras y hacía temblar el fuego de la casa. Dan lloraba porque no podía levantarle la mano a su padre. Scarlet vio a su amigo y lo abrazó.

—¿Eron enojado otra vez? —murmuró ella, con voz temblorosa.

—Es malvado —respondió Dan—. Siempre que se embriaga o algo no le parece, la golpea. Muchos en el pueblo creen que las mujeres son las culpables de cómo está el mundo y por eso deben ser sumisas. Qué viejo tan espantoso.

—Me dan ganas de ir a golpearle y defender a mamá —dijo Scarlet, apretando los puños—, pero aún tiene demasiada fuerza… y sería apedreado si hago algo así.

Dan la miró, dolido y enfurecido al mismo tiempo.
—Scarlet, yo veo cómo te trata tu padre: es menos estricto contigo.

—Así es —contestó ella, con una leve sonrisa que cubría pena—. Él ve en mí cariño y esperanza; pone una flor en el jardín porque a mi madre le encantaban. Jamás le levantó la mano. Él y mi hermano me aman… y así debería ser con todas las mujeres.

Dan suspiró.
—Ojalá todos fueran así.

Hubo un silencio largo. Solo el sonido de los grillos acompañaba la conversación. Entonces Scarlet, con voz más firme, dijo:

—Dan… no podemos quedarnos cruzados de brazos. Si Dios permitió que los Vigilantes bajaran, si los Divitoms alguna vez protegieron a los inocentes… entonces debe haber algo que podamos hacer.

—¿Qué podríamos hacer nosotros? —preguntó él, secándose las lágrimas—. No tenemos fuerza ni armas.

Scarlet lo miró directamente a los ojos.
—Tal vez no fuerza… pero sí fe. Si los antiguos dejaron templos y palabras sagradas, quizá podamos encontrar algo más. Tú y yo. Una señal, una misión.

Dan titubeó, pero algo en su voz lo llenó de calor.
—¿Quieres decir… buscar esas reliquias de las que hablaban los sabios?

—Sí —respondió ella—. Mi hermano Etmon marchó al desierto por ellas. Pero no todos los caminos llevan a las arenas. Algunos comienzan justo aquí… en el valle.

Dan asintió lentamente, mirando el cielo estrellado.
—Entonces hay que buscarlas… aunque sea por caminos separados.

—¡Sí! —respondió Scarlet con una chispa de emoción—. Yo creo que puede haber algo. ¿Recuerdas a aquel ángel que se atrevió a entrar y que cayó?

—Sí… ¿qué hay con él? —preguntó Dan, intrigado.

—Mi hermano trató de hacerle preguntas. Todos los hombres lo han intentado, pero no ha querido responder. A pesar de las torturas… y bueno, las armas convencionales no lo dañan. Quizá tú y yo podamos interrogarlo de alguna manera.

—El lugar donde es prisionero está prohibido —dijo Dan, dudando—. Además, no quiero estar cerca de esos ángeles. Me dan miedo.

—Hay que vencer el miedo —replicó Scarlet con firmeza—. Quizá así encontremos un lugar mejor.

—¿Tú crees? —preguntó él, con voz insegura.

—Yo lo creo —respondió ella, sin titubear.

Scarlet abrazó a Dan, y los dos amigos se estrecharon inocentemente, como dos hermanos. Afuera, los lamentos de su madre dejaron de escucharse, y Dan, por primera vez en mucho tiempo, encontró un instante de tranquilidad.

ORANDO EN EL TEMPLO.

Scarlet seguía yendo al templo cada tarde.

Desde aquel día en que el cielo se abrió por un instante, algo dentro de ella había cambiado. No lo entendía del todo, pero sentía que el aire era distinto, que el silencio tenía vida.

El pequeño gato apareció de nuevo, como siempre. Se acercó sin miedo, rozando sus piernas. Scarlet sonrió y lo tomó entre sus brazos.

—¿Otra vez tú? —susurró, acariciándolo—. No sé por qué siempre me encuentras aquí.

El animal la miró fijamente, con esos ojos dorados que parecían entenderlo todo.
Ella solo rió y volvió a orar, sin saber que aquel ser no era un gato cualquiera, sino un erudito, de Plires que cuidaba la entrada desde hace tiempo.

El erudito se presentó ante su señor.
Plires escuchó con atención mientras aquel relataba lo que había visto.

—Mi señor, hay una humana —dijo el erudito con voz exaltada—. Una niña de mirada limpia y curiosa. Abrió un paso en el templo, aunque no fue consciente de ello.

Plires lo miró con calma exaltasion y emoción. —Ningún humano ha podido abrir el paso a Rubil —respondió con segurida.

—Lo sé, señor, pero… yo la he visto. Me ha visto.
—¿Cómo estás tan seguro?—preguntó Plires, sin mostrar inquietud.
—Tan seguro, ella me ha tocado y jugado conmigo.

Hubo un silencio breve. Luego, Plires apartó la vista hacia los espejos del cielo.
—Entonces obsérvala. No intervengas. Quizá fue solo un reflejo del portal antiguo.
—Pero señor.. Epistem debe—Fue interrumpido.

Plires;Epistem debe saber lo que debe saber anda y ve.
—Si mi amo.
El erudito asintió.

LOS HIJOS DE LOS DIVITOMS.

Mientras tanto, en la ciudad de Unin, en el reino de Rubil, todo estaba listo para una gran celebración.
Los hijos de Aero, soberano del cielo, y de Nero, soberano del mar, se preparaban para recibir su título en la ceremonia que se hacía cada cien años. Era un honor que marcaba el paso hacia una nueva era entre los linajes divinos.

La ciudad brillaba con vida. Los templos se adornaban con cintas doradas y cristales flotantes, mientras los coros practicaban el canto ancestral que acompañaría la llegada de los soberanos.

Los Ardus, cuyo rey era Furor, y los Aratos, gobernados por Dinamo, también habían sido invitados. Sin embargo, ninguno de sus reyes asistiría; ambos se encontraban en sus mundos no les interesaba en absoluto la nueva era en Rubil.

En su ausencia, las dos casas quedarían bajo el cuidado de Epistem, el Divitom del conocimiento, quien presidía la ceremonia.
Su hijo lo acompañaba, observando con curiosidad todo lo que ocurría a su alrededor.

También estaban presentes Plires y Tetro, junto con sus respectivos hijos. Cada uno mostraba una esencia distinta: unos más serenos, otros más impulsivos, pero todos conscientes de que aquella noche marcaría el comienzo de sus responsabilidades.

Solo faltaba la hija de Atom, quien aún no había llegado.
Su padre no acudiría esta vez, pues se encontraba en los confines del sur del universo, donde el tiempo fluía de otra manera. Vendría cuando llegara el momento de su hija, como dictaba la tradición.

El ambiente era solemne pero alegre. Se preparaba un banquete con frutas de luz, aguas cristalinas del río de Rubil y melodías que flotaban por las calles. La ceremonia se hacía en honor a Epistem, anfitrión de ese ciclo, por lo que la ciudad se había transformado con colores suaves y símbolos de sabiduría.

Entre los presentes, Tetro observaba en silencio.
—Han pasado cien años desde la última ceremonia —dijo con voz baja—. A veces pienso que el equilibrio que tanto cuidamos no durará otros cien—Dijo en tono burlón.

Plires, con tono tranquilo, respondió:
—Mientras los corazones sean justos, no habrá desequilibrio.

El sonido de los cánticos volvió a llenar el aire. Afuera, sobre Unin, las luces del cielo parecían moverse alegremente.